

Mujeres en el 68: en medio de una revolución social y cultural¹

Marta Inés Restrepo M. odn²

¹ // Participación en el Conversatorio sobre Mujeres en Medellín 68/Tiempo Presente. 7-9 de noviembre de 2018. Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia.

² // Religiosa, Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. Doctora en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana. Magíster en Teología por Lasalle University de Filadelfia. marta.inesodn@gmail.com

El año 68

Ciertamente Medellín, *rodeada de montañas*, fue tocada por los acontecimientos que configuraron el 68 como año que simboliza, por los eventos vividos, un cambio histórico, una revolución y una nueva época.

En efecto, en plena guerra fría, mientras Europa vive el *Mayo Francés contra De Gaulle* con un grito de *no más a la guerra*, por una fuerte manifestación de los estudiantes en París que dejó los muros de las calles pintados con los famosos *slogans: prohibido prohibir y la imaginación al poder*, Checoslovaquia se desangra en su Primavera de Praga. Estados Unidos envía 536.000 jóvenes soldados a Vietnam, lo que provoca protestas *hippies* por todo el país, que llegan hasta nosotros. La China vive el auge y el fracaso de la revolución Maoísta, y todos recordamos con pavor la masacre de los jóvenes en la Plaza de Pekín, mientras México padece la de Tlatelolco así como una revolución de las mujeres. Son asesinados Robert Kennedy y Martin Luther King y mueren también el Che Guevara y Thomas Merton. En Argentina y Chile la universidad se deja contagiar de la ideología marxista y sus ecos se hacen sentir fuertemente en Colombia, además de la ya en marcha revolución cubana.

Los obispos latinoamericanos escogieron a Medellín como sede de la Segunda Conferencia Latinoamericana y del Caribe, lo que significó también la consagración de la Teología de la Liberación. Nuestras universidades se vieron invadidas por convicciones anti-imperialistas y sobre todo por un anhelo de liberación que tocó todos los ámbitos, en especial el sexual, que también pintó los muros de la ciudad.

Ubicarnos en la década del 60 y especialmente en el año 68, se convierte en una invitación a la memoria, a la consciencia histórica, a

la evocación de un momento de crisis, de un *kayros* en la historia de las mujeres. ¿Quiénes éramos, dónde estábamos, qué hacíamos en el 68? El movimiento feminista estaba en ciernes entre nosotras, aunque sin duda tuvo precursoras como María Cano, Débora Arango, la Santa Madre Laura, a principios de siglo.

La modernidad había diseñado unas reglas racionales para el control y el comportamiento de los seres humanos que superaba el Medioevo y que acabaría llamándose Ilustración, dadas las mentes más brillantes del Siglo de las Luces. Hasta el 68 la mayoría de las mujeres en Colombia vivían todavía en el Medioevo: brujas o tontas, santas o prostitutas, como las tipificó Guy Bechtel (2001). Las mujeres poco o nada habían salido de esa condición. Los maridos tenían la obligación y el derecho a imponer las normas de la familia, incluso con castigos físicos para las esposas.

Una conversación en la que nos comprometemos de modo testimonial invita a hablar en primera persona, aunque se trate de muchas. Cuando mencionamos el 68 lo primero que aparece es la evocación de las revueltas de París. En sus imágenes las mujeres van vestidas de rojo. Ellas hacen parte del compromiso con el cambio. Comenzaba el tiempo que ahora llamamos *posmodernidad*.

En Colombia, y en especial Medellín, ciudad conservadora y fundada en los principios patriarcales del judeo-cristianismo y de rancias convicciones religiosas, es ya muy sensible al compromiso de las mujeres con el bien público desde su propia condición y en la lucha por su dignidad y sus derechos patrimoniales. Se les habían abierto las puertas de la universidad pública en el 33 y solo desde hacía una buena década, en 1954, en la universidad católica (Universidad Pontificia Bolivariana) para los estudios de Filosofía y Letras con una facultad que tuvo como sede el Colegio-Convento de *La Enseñanza*. Eran hasta entonces muy

delimitadas las posibilidades para los estudios superiores: Arte y decoración, Enfermería, Trabajo Social, Bacteriología, Bibliotecología, que tenían una marca femenina. Fueron pocas las alternativas a propósito de las carreras llamadas *duras*. Las religiosas habían comenzado a pensar que ellas también debían estar al día, sobre todo como educadoras.

Para 1958, año en que terminé el bachillerato, ya algunas de mis compañeras optaron por las ingenierías sin aceptar las carreras que se ofrecían solo para mujeres. Eran hasta entonces pocas, y muy pocas, y solo por pertenecer a familias cuyos padres fueron profesionales y visionarios que apoyaron estas decisiones. La patria potestad se ejercía sobre todo en el manejo de los bienes. No los había para educar a las chicas. Esas jóvenes recibieron en la universidad la importada filosofía y sociología marxistas (Cfr. Agudelo C., B. odn. *Fragmento 8. Cambio de Paradigma. El contratiempo, la crisis*, como se citó en Orden de la Compañía de María Nuestra Señora, 2000), que llegaban en plena guerra fría, desde Cuba, Argentina y Chile, países que habían graduado las primeras médicas desde finales del siglo XIX.

El 68 fue un año de revolución en marcha aunque estas revoluciones, en el juicio de muchos, tuvieran un viso marxista o socialista, eran burguesas, de jóvenes incómodos por el estilo de vida y rigor de las normas que había impuesto la modernidad a la educación. La historiadora Pilar Foz y Foz (1981) también habla de la revolución pedagógica en la Nueva España entre 1754 y 1820, la era de las precursoras de la independencia. También en esa época hubo precursoras del feminismo.

Para 1957, con el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, se había reconocido la ciudadanía plena de la mujer por el acceso al voto. En este año también se da cuenta del primer laboratorio de procesamiento de cocaína

en Medellín, en el barrio El Poblado, como un nuevo modo de alienación contemporáneo del despertar de la *conciencia crítica* (Wills-Obregón, 2005). Escaso número de mujeres tuvieron la posibilidad de formarse, como la Dra. Ángela Restrepo Moreno, Tecnóloga en Laboratorio Clínico del Colegio Mayor de Antioquia, quien obtuvo los títulos de Maestría en Ciencias (M.Sc., 1960) y Doctorado (Ph.D., 1965) en la Universidad de Tulane, New Orleans, LA, USA., que goza del nombre de científica y que perteneció a la Comisión de sabios de Colombia (Ver: Restrepo A., ACIN). Pero, también en Medellín 68 hubo mujeres haciendo parte de comunas *hippies* y de las fuerzas revolucionarias del ELN.

Las mujeres en la Iglesia

El siglo XX vivió dos guerras entre grandes dictaduras. Pío XII pidió a las italianas que participaran en la política para hacer posible la democracia cristiana frente al comunismo. Es célebre su carta de 1944. Esto supone que la mujer reciba formación universitaria, una gran novedad sobre todo para las religiosas. En la búsqueda del diálogo con la modernidad y con el mundo, la Iglesia era también una arcaica producción medieval. Juan XXIII le da un sacudón con el Concilio Vaticano II. Además del ambiente ecuménico que suponía para la Iglesia Católica hacer comunión con los cristianos de las Iglesias hermanas, la Iglesia quiso establecer también el diálogo interreligioso, el diálogo con el mundo contemporáneo, salir de las murallas del Estado Vaticano y preguntarse finalmente por su misión, en un esfuerzo de *retorno a las fuentes* y de *aggiornamento*. No fue tan evidente que este diálogo se estableciera con las mujeres, ya que solo diez fueron invitadas como observadoras por Paulo VI al aula conciliar.

No fue así en Medellín 68, la Asamblea del Consejo Episcopal para América Latina y el Caribe. Olga Lucía Álvarez Benjumea, en ese momento forma parte del equipo de secretarías, y deja un simpático testimonio

de aquellas que fueron parte del grupo de observadoras, sin voz ni voto, que asistían a las comisiones; eran tres solamente que podían entrar y salir de la sala de reuniones, como la Madre María Agudelo Moreno, doctora y primera decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, en ese momento secretaria adjunta de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosos (CLAR). Las cuatro misioneras laicas de la Unión Seglar de Misioneros (USEMI) y el equipo de las *invisibles*, que arreglábamos las camas de los obispos, elegantemente llamadas por Olga Lucía: *equipo logístico* (Álvarez, 2011).

Casi todas las congregaciones religiosas dedicadas a la educación tienen bellas historias para contar de su generosidad hasta el heroísmo por hacer presencia aún entre las guerrillas, y no realmente por haberse hecho comunistas. Fue el caso de las religiosas del *Mary Mount* que se fueron a Arauca, una de las cuales decía en el momento de su desmovilización en tiempo del Presidente Belisario Betancur, que quería hacer presente el amor compasivo de Jesús por los guerrilleros y que se encargaba de acompañarlos los días previos a su ejecución por parte de sus jefes. Hubo también Lauritas entre los indígenas en sus luchas, Salesianas, Damas del Sagrado Corazón, Compañía de María, y muchas otras entre los campesinos.

Podría nombrar a nuestras mártires Teresita Ramírez, asesinada en Cristales (Antioquia) y a Yolanda Cerón, en Tumaco (Nariño); pero también están las víctimas de otras congregaciones. Ellas fueron el fruto maduro de quienes por el seguimiento de Jesús, al estilo trazado por el documento de *Medellín*, se inspiraron en los ideales precisamente de Medellín 68.

Mencioné a la Madre María Agudelo Moreno, nuestra profesora de Filosofía años antes y en el 68 secretaria de la CLAR. Esta gran mujer

de figura diminuta, al terminar su compromiso internacional se fue a la Costa Pacífica Nariñense, isla de Salahonda, para hacerse solidaria con su hermana Marta, también religiosa. Allí desempeñó un laborioso ejercicio de liderazgo hasta construir un pueblecito después del maremoto del 79, que se llevó gran parte de la isla. Dedicada a la educación y promoción de la comunidad afrodescendiente, por medio de una granja escuela, fue después a reforzar la obra de su hermana Cecilia en Pasto, quien realizó también una obra admirable. En el 68, Cecilia había dejado toda la fama que le dieron en Bogotá sus estudios de Educación en Barcelona, para trabajar como docente en Pasto, y al mismo tiempo ocuparse de la educación popular por medio de la obra conocida como *Corporación Centro Comunitario La Rosa*. María fundó y sostuvo la *Casa del Joven*, ambas obras de gran vigencia en la actualidad.

Medellín 68 engendró un tipo de mujeres que en los años anteriores no se habían conocido: mujeres comprometidas con la promoción de los más frágiles, especialmente los campesinos, las mujeres y los niños. Mujeres con formación universitaria que se dejaron inspirar por la teología profética y mística de Medellín 68, capaces de correr grandes riesgos, hasta el de la vida. Al interior de nuestra comunidad vivimos el retiro de fuerzas jóvenes que quisieron ir más allá de los límites que les imponía la vida religiosa como tal, pero que en su estado laical fueron coherentes con su condición de personas formadas para que las relaciones de equidad superaran a las de sometimiento. Comprometidas a fondo con la proposición de cambios sociales y culturales que produjeran una sociedad más justa para las mismas mujeres y para todos. Tuvimos compañeras como Marta Elena Bravo³, comprometida con la cultura desde la Universidad Nacional y Mari Álvarez con las bibliotecas de todos los municipios.

Fui la primera doctora en Teología en Medellín, en 1994, la segunda en Colombia, en la Universidad Pontificia Bolivariana, después de un

³ // Docente de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional (Medellín). Participó en la formulación de los planes de cultura para el Departamento de Antioquia (Colombia) y en la formulación del Plan Nacional de Cultura 2001-2010, así como del Plan Estratégico de Cultura 2006-2020 para Antioquia. Co-fundadora y durante muchos años co-directora de la Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional (sede Medellín). (Red Desarrollo y Cultura, Instituto de Estudios para el Desarrollo).

largo recorrido de entradas y salidas de la Facultad a merced de la orientación del decano de turno. Gracias al acompañamiento de un gran sacerdote, el padre Alberto Ramírez Zuluaga, doctor de la Universidad de Lovaina, pude ser profesora en ella. Fue él quien puso en mis manos el libro de Simone de Beauvoir *El segundo sexo*, lo mismo que *Las cartas de Abelardo y Eloísa*. El padre Alberto, de grata memoria, fue quien me animó y acompañó no solo en el trabajo de tesis, sino para que llegara a ser docente universitaria en una de las instituciones más cerradas al espacio de las mujeres en la Iglesia como lo es la formación del clero. Gracias a un hombre de mente tan abierta como él pude llegar, como un caso de excepción, a ser profesora de *Cuestiones de Género*, una cátedra de brevísima existencia en los posgrados de Teología, que desapareció con la satanización de la ideología de género.

Al interior de los colegios, la Pedagogía de Paulo Freire y la filosofía de Enrique Dussel produjeron un fuerte cambio de mentalidad que podríamos llamar: la conciencia de la presencia del *otro*, el *otro* entendido como el que no soy yo, ni de mi familia, ni de mi edad, ni de mi sexo, ni de mi educación, ni de mi opinión política o de mi religión. La educación personalizada tuvo un gran auge y verdadero impacto en la educación de la época. Las alumnas salieron del claustro escolar para participar en campamentos-misión, con religiosas y profesores que las hicieron más conscientes de la realidad de *la otra Colombia*. *Concientización* era la palabra con la que se indicaba la formación de la conciencia crítica, que se empezaba a utilizar como saber de las ciencias sociales e inspirada en los métodos marxistas.

Alumnas y profesores empezamos a tener contacto con los barrios populares, con los campesinos y con la realidad de la Costa Pacífica, una región del país de la que se decía que éramos dos Colombias. Surgieron entre alumnas y religiosas profesionales con un alto sentido

del *otro*, del diferente, con sus mismos derechos. La sociedad empezó a sentir los efectos de esta nueva pedagogía y en el 72 se suscitó una ruptura que dio a luz otro colegio para las disidentes. Hubo la necesidad de pedir a los padres de familia que se definieran por el estilo o no de la nueva pedagogía, inspirada en Paulo Freire, en la Filosofía de la Liberación de Enrique Dussel y en el Personalismo de Emmanuel Mounier, y surgió otro colegio, el de *Los Cedros*, dirigido por *laicas de toda confianza*, pues las religiosas de *La Enseñanza* empezaron a ser señaladas como comunistas. Esto añadido a los cambios de mentalidad con los que se empezaba a hablar de la liberación sexual, facilitada por la presencia de los anticonceptivos.

El 68 produjo una verdadera *revolución en marcha*, como decían los jóvenes parisienses, que ha configurado la segunda mitad del siglo XX y los comienzos del actual en la Medellín de hoy. El episcopado nacional fue alertado sobre la vigilancia que debía ejercer sobre las religiosas y su orientación pedagógica y política.

Por nuestra parte, se daba una buena camaradería con los profesores de filosofía y educación religiosa, egresados del Seminario Conciliar. Participábamos en cursos sobre Cine, que por supuesto era portador de otros modos de pensar. Las películas de Eisenstein, Bergman y Orson Welles nos introdujeron en otros mundos, así como la participación en la primera bienal de arte en Medellín, auspiciada por Coltejer. No faltaron los problemas disciplinarios con alumnas que fumaron marihuana en los baños del colegio. Había llegado la ola *hippie* a las alumnas.

Indudablemente, fueron épocas no fáciles, coloreadas con la belleza de las utopías de este período de crisis. Hoy podemos evaluar los cambios, el paso del tiempo, la ausencia de casi todos los actores y sentimos que ciertamente, los relatos históricos son formas de hacer el duelo por los que ya no están.

- Referencias -

Álvarez-Benjumea, O. L. [7 de mayo de 2011]. Presencia y participación de las mujeres en la II Conferencia Episcopal Latinoamericana - Medellín 1968. Recuperado de <https://evangelizadorasdelosapostoles.wordpress.com/2011/05/07/un-mimeografo-con-historia-de-iglesia-medellin-1968/>

Bechtel, G. [2001]. *Las Cuatro Mujeres de Dios: la puta, la bruja, la santa y la tonta.* (Esther Andres Gromaches, Trad.). Barcelona, España: Ediciones B, S. A.

Foz y Foz, P. odn. [1981]. *La revolución pedagógica en Nueva España, 1754 – 1820: María Ignacia de Azlor y Echeverz y los colegios de La Enseñanza.* Madrid, España: Instituto de Estudios Americanos “Gonzalo Fernández de Oviedo”, Orden de la Compañía de María Nuestra Señora.

Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. [2000]. *Referencias evocadoras, la educación, horizonte y oportunidad. En conmemoración de los 100 años de la fundación del Convento – Colegio de la Compañía de María “La Enseñanza” Medellín 1899-1999. [169-172].* Medellín, Colombia.

Red Desarrollo y Cultura, Instituto de Estudios para el Desarrollo. Recuperado de https://desarrolloycultura.net/our_team/martha-elena-bravo

Restrepo, A. Asociación Colombiana de Infectología ACIN. Recuperado de https://www.acin.org/index.php/component/sps_impleportfolio/item/7-angela-restrepo.

Wills-Obregón, M. E. [2005]. Cincuenta años del sufragio femenino en Colombia 1954: por la conquista del voto. 2004: por la ampliación de la ciudadanía de las mujeres. *Análisis político, 18*[53], 39-57. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/46777/48166>